

3. Thorgeir Vifilsson se casó, y tomó por esposa a Árnora, hija de Einar, de Laugabrekka (la ladera de la fuente termal), hijo de Sigmund, hijo de Ketil-Thistil, quien había ocupado Thistilsfjördr.

La segunda hija de Einar se llamaba Hallveig. Thorbjorn Vifilsson la tomó por esposa, y recibió con ella las tierras de Laugabrekka, en Hellisvöllr (la colina de la cueva). Allí Thorbjorn estableció su morada, y se convirtió en un hombre poderoso y respetado. Era el sacerdote del templo y poseía una magnífica finca. La hija de Thorbjorn se llamaba Gudrid, la más hermosa de las mujeres, y de una nobleza sin igual en su conducta.

Había un hombre llamado Órm, que vivía en Arnarstapi (la roca del águila), y su esposa se llamaba Halldís. Era un próspero granjero, gran amigo de Thorbjorn, y Gudrid vivió en su casa como hija de crianza durante mucho tiempo.

Vivía también un hombre llamado Thorgeir, que residía en Thorgeirsfjall (la montaña de Thorgeir). Poseía gran riqueza en ganado, y había sido esclavo liberado. Tenía un hijo llamado Einar, un hombre apuesto, bien educado y elegante. Einar, por entonces, era comerciante viajero, navegando de tierra en tierra con mucho éxito; y solía pasar los inviernos en Islandia o en Noruega.

Ocurrió que un otoño, cuando Einar se encontraba en Islandia, recorrió Snæfellsnes vendiendo mercancías; llegó a Arnarstapi, y Órm lo invitó a quedarse en su casa. Einar

aceptó la invitación, ya que había amistad entre él y la gente de Orm, y sus mercancías fueron llevadas a un almacén.

Allí desempacó su mercadería, la mostró a Orm y a los criados, y ofreció a Orm que tomara lo que quisiera. Orm aceptó la oferta, y alabó a Einar como un apuesto viajero y afortunado hombre.

Mientras estaban ocupados con las mercancías, una mujer pasó frente a la puerta del almacén, y Einar preguntó a Orm quién era esa bella mujer.

—No la había visto aquí antes —dijo.

—Es Gudrid, mi hija de crianza —respondió Orm—, hija de Thorbjorn, el granjero de Laugarebrekka.

—Debe de ser un buen partido —dijo Einar—. Seguramente no habrá faltado quien le haya propuesto matrimonio, ¿no es así?

—Se han hecho propuestas, amigo —respondió Orm—, pero esta joya no es fácil de obtener; se sabe que tanto ella como su padre son muy selectivos.

—Aun así —dijo Einar—, es a ella a quien deseo pedir en matrimonio, y quisiera que tú hablaras con su padre en mi nombre y abogaras con esmero por mí. Te lo agradeceré con una gran amistad. Thorbjorn, el granjero, puede ver que nuestras familias se complementarían bien: él es un hombre honorable y tiene una gran casa, pero he oído que su riqueza está menguando. Ni mi padre ni yo carecemos de tierras o bienes, y si se diera este enlace, sería de gran ayuda para Thorbjorn.

Entonces dijo Orm:

—Ciertamente soy tu amigo, pero no deseo llevar esta propuesta, pues Thorbjorn es un hombre orgulloso y ambicioso.

Einar respondió que no deseaba otra cosa que su oferta fuera comunicada. Orm accedió entonces a encargarse del asunto, y Einar partió rumbo al sur hacia su hogar.

Un tiempo después, Thorbjorn organizó un banquete de cosecha, como correspondía a su alto rango. Asistieron Orm, de Arnarstapi, y otros muchos amigos. Orm conversó con Thorbjorn y le habló de cómo Einar, que había estado recientemente en su casa, era un hombre prometedor. Entonces inició la propuesta matrimonial en nombre de Einar, y dijo que un vínculo entre las familias sería muy adecuado por razones de interés mutuo.

—Podría beneficiarte mucho, granjero —dijo—, esta alianza.

Pero Thorbjorn respondió:

—No esperaba de ti una propuesta así: que dé a mi hija en matrimonio con el hijo de un esclavo. Y si piensas que mi fortuna mengua, pues bien, mi hija no irá contigo, ya que consideras que es digna de tan pobre partido.

Entonces Orm regresó a su hogar, y los demás invitados también se marcharon. Gudrid permaneció con su padre y pasó allí el invierno.

Y a en primavera, Thorbjorn organizó un banquete para sus amigos, y se preparó una gran comida. Asistieron muchos invitados, y el banquete fue espléndido. Durante la celebración, Thorbjorn pidió la palabra y dijo:

—He vivido aquí durante mucho tiempo. He recibido la buena voluntad de muchos y su afecto, y considero que nuestras relaciones han sido gratas y justas. Pero ahora mis asuntos económicos me inquietan, aunque hasta hoy no se me ha tenido por hombre pobre. Por tanto, deseo disolver mi hogar antes de perder el honor, y abandonar el país antes de deshonrar a mi linaje. Me propongo, pues, atender las promesas de mi amigo Eirik el Rojo, que me hizo cuando nos separamos en Breidafjördr. Quiero partir a Groenlandia este verano, si los acontecimientos lo permiten.

La noticia causó gran impresión entre los invitados, pues Thorbjorn había sido siempre muy querido. Entendieron que no habría manera de hacerle cambiar de idea. Thorbjorn repartió regalos entre sus huéspedes, y el banquete llegó a su fin. Luego vendió sus tierras y compró una nave que estaba varada en la desembocadura de Hraunhöfn (el puerto del campo de lava). Treinta hombres se embarcaron con él en la expedición. Iban también Órm, de Arnarstapi, y su esposa, así como los amigos de Thorbjorn que no querían separarse de él.

Botaron la nave y zarparon con viento favorable. Pero al alcanzar mar abierto el viento cesó, y se levantaron grandes tormentas. Tuvieron un viaje difícil durante todo el verano.

Además, la fiebre atacó a la tripulación. Murieron Órm, su esposa Halldís, y la mitad del grupo. El mar se volvió más violento aún, y sufrieron muchas penurias, llegando por fin a Herjolfsnes, en Groenlandia, a comienzos del invierno.

En Herjolfsnes vivía un hombre llamado Thorkell, un buen colono y granjero respetado. Aceptó recibir a Thorbjorn y a toda su tripulación para pasar el invierno, brindándoles hospitalidad generosa. Esto complació mucho a Thorbjorn y a sus compañeros.

En aquel tiempo hubo una gran escasez en Groenlandia; los que habían salido a pescar habían logrado poco, y algunos no regresaron. En el asentamiento vivía una mujer llamada Thorbjorg. Era una profetisa (una "spákona") y se la conocía como Lítivelvölv (la pequeña sibila). Había tenido nueve hermanas, todas profetisas, y ella era la única que aún vivía. Era costumbre de Thorbjorg, durante el invierno, recorrer la región, y la gente la invitaba a sus casas, especialmente aquellos que deseaban saber el porvenir o el curso de la estación.

Thorkell, como principal granjero de la zona, consideró que debía saber cuándo acabaría la escasez. Por ello, invitó a la sibila a su casa, y preparó una digna bienvenida, tal como se acostumbraba con mujeres de su clase. Se dispuso un asiento elevado para ella, y un cojín relleno de plumas de ave.

Cuando llegó por la tarde, acompañada del hombre enviado a buscarla, vestía de la siguiente manera: llevaba un manto azul con cordones al cuello, adornado con piedras hasta la falda. En el cuello tenía un collar de cuentas de vidrio. En la cabeza portaba un gorro negro de piel de cordero, forrado de armiño. Llevaba en la mano un bastón rematado con una perilla, decorado con bronce e incrustaciones de piedras preciosas. A la cintura tenía un cinturón de pelo suave, del que colgaba una gran bolsa de cuero con los talismanes necesarios para su arte. En los pies calzaba zapatos de piel de ternero, con correas largas y fuertes, rematadas con grandes broches de latón. Llevaba guantes de piel de armiño, blancos y lanudos por dentro.

Cuando entró, todos la saludaron con respeto, y ella correspondió según le parecía agradable cada persona. El granjero Thorkell la tomó de la mano y la condujo a su asiento preparado. Le pidió que mirara su ganado, su gente y su hacienda. Pero ella no respondió palabra.

Por la noche se sirvió la comida. Y ahora debo contar qué se le preparó a la sibila: una papilla de leche de cabrito, y corazones cocidos de todas las criaturas vivas que allí se encontraban. Ella tenía una cuchara de bronce, y un...

...tenía una cuchara de bronce y un cuchillo con mango de marfil y adornos de cobre. La hoja estaba algo mellada. Después de la cena, Thorkell se acercó a Thorbjorg y le preguntó si había dormido bien y si había visto lo que deseaba

saber.

Ella respondió que aún no lo sabría hasta el día siguiente, cuando realizaría la ceremonia completa de adivinación.

Entonces se le pidió a Thorbjorg qué era necesario para el rito que ella pensaba llevar a cabo.

Ella dijo que deseaba que se reunieran mujeres que supieran cantar el "vardþlokur", el canto mágico que se entonaba durante las invocaciones. Pero no había ninguna mujer allí que lo supiera.

Entonces se buscó por toda la granja si alguna mujer conocía ese canto. Nadie lo sabía.

Entonces dijo Thorkell:

—Aquí está con nosotros una joven extranjera, llamada Gudrid, la hija de Thorbjorn. Está bien educada y fue criada por una mujer sabia, Halldís, que vivía en Íslania, y creo que ella aprendió de ella ciertas artes.

Se llamó a Gudrid, y Thorkell le preguntó si sabía el "vardþlokur".

—Lo sé —dijo Gudrid.

—Entonces —dijo Thorkell—, eres muy necesaria entre nosotros, y te ruego que cantes esa canción para ayudar con la ceremonia.

—No lo haré —dijo Gudrid—, porque soy cristiana y no quiero participar en tales prácticas.

—Puede que seas de ayuda a la gente —dijo Thorkell—, y no serás menos buena cristiana por ello. Yo dejaré que esto

ocurra con mi permiso, y así no estarás actuando en contra de tu fe.

Entonces Gudrid accedió a participar.

Las mujeres se reunieron y formaron un círculo alrededor del asiento de Thorbjorg. Gudrid entonó el canto tan bellamente, con una voz tan clara y dulce, que nadie allí recordaba haber escuchado algo tan bien entonado.

La sibila dio las gracias por el canto y dijo:

—Muchos espíritus se han acercado a nosotros, y les ha agradado lo que han oído. Antes me rehusaban, y se negaban a acudir. Ahora muchas cosas pueden ser reveladas, que antes estaban ocultas tanto para mí como para otros.

Luego predijo el curso de la enfermedad que azotaba el asentamiento, y dijo que cesaría pronto. También predijo que la escasez pasaría antes de la primavera. Dio a cada persona presentes noticias particulares que deseaban saber, y a todos sus pronósticos les fue dado crédito, pues el tiempo confirmó que todo ocurrió tal como lo había dicho.

Después se acercaron a ella y le preguntaron por el futuro de Gudrid. La profetisa dijo:

—Serás más afortunada que ninguna otra mujer de Groenlandia. De ti nacerá una estirpe tan gloriosa y numerosa que su luz brillará por toda Islandia. Serás la madre de grandes linajes, y tu estirpe será recordada por generaciones.

Cuando concluyó la ceremonia, se le ofrecieron valiosos regalos: anillos de oro, buenas ropas y sedas. Pero ella rechazó casi todo, diciendo que había cobrado lo suficiente por su servicio si sus palabras eran ciertas.

Luego, la casa volvió a la normalidad. Thorbjorg se despidió con honor, y Gudrid reflexionó en silencio sobre lo que había oído, pues le parecía extraño que, habiendo prometido no participar en tales rituales, su voz hubiera sido la clave de todo el acto.

Erik el rojo